

CULTURA, IDENTIDAD Y ESTADO EN LA CONTEMPORANEIDAD OTOPAME

JUAN FRANCISCO BLANCO GONZÁLEZ

(Homenaje a Carmen Aguilera y Yolanda Ramos)

[31 de octubre de 2024]

Señora directora de la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana, Maestra María Antonia Aguilar Pérez; señor Jefe del departamento de edición de la Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, licenciado Víctor Manuel Marín González, distinguidas y distinguidos colegas, querida Enriqueta, señoras y señores, buenos días desde esta Salamanca española y universitaria, cuya alma máter ha tenido y sigue teniendo siempre una mirada de ultramar plena de complicidades con las universidades del continente americano. Mi saludo vespertino y otoñal más afectuoso.

Es un honor y un placer para mí participar en este acto de presentación del libro colectivo *Cultura, identidad y estado en la contemporaneidad otopame. Homenaje a Carmen Aguilera y Yolanda Ramos*, magnífica e impecablemente coordinado por la doctora María Enriqueta Cerón Velásquez, juntamente con su colega Verónica Kugel.

Hace ya algunas décadas, concretamente a comienzos de los años 90, la Universidad de Salamanca me encomendó la elaboración de los contenidos de un curso novedoso entonces sobre *El género en las sociedades mediterráneas*, a petición de la Universidad de Chicago. Esta universidad norteamericana estaba interesada en enviar un grupo de alumnos a Salamanca para desarrollar un curso académico completo y solicitaba este programa específicamente.

Debo decir que en aquel momento el asunto del género apenas era conocido y mucho menos tratado en profundidad en el ámbito académico salmantino y mi universidad no debió encontrar mejor candidato docente para ponerle el cascabel al gato.

Afortunadamente, desde entonces hasta ahora, los estudios sobre el género han copado gran parte de los intereses de profesores e investigadores y también han despertado los de los alumnos en mi universidad y en otras universidades españolas. Por cierto, la cuestión de género asoma también entre las páginas de este libro.

Pues bien, aquellos balbuceos primeros de los estudios sobre el género han nutrido después buena parte del arsenal antropológico con el cual se han abierto nuevas vías para la investigación.

De igual manera, viví en la primera década del presente siglo una experiencia paralela, cuyos perfiles encajan en los objetivos de este volumen, que son intereses de gran calado en la actualidad; me refiero al asunto de la identidad o, por decir mejor, de las identidades, pues el plural refleja mucho mejor y con mayor precisión la pluralidad de los perfiles culturales de un grupo.

En ese sentido, y a instancias de la Diputación de Salamanca, me cupo el honor de contribuir a la redacción en 2008 del documento fundacional del *Instituto de las Identidades*, cuando aún no existía ningún proyecto, ni público ni privado, en España con semejantes objetivos y el interés por la identidad o las identidades era algo anecdótico, a pesar de que ya venía circulando el concepto por algunos órdenes institucionales del ámbito internacional.

Así por ejemplo, algunos años antes, en 1991, la Organización de las Naciones Unidas ya había redactado la *Agenda 21*, en la cual, y en el apartado de la cultura, se decían explícitamente:

El patrimonio cultural, tangible e intangible, es el testimonio de la creatividad humana y el substrato de la identidad de los pueblos.

Y en su principio número 1 afirmaba lo siguiente:

La diversidad cultural es el principal patrimonio de la humanidad, pero la situación actual presenta evidencias suficientes de que la diversidad cultural en el mundo se halla en peligro de extinción debido a una mundia-

lización estandarizadora y excluyente” “El diálogo entre identidad y diversidad, individuo y colectividad, se revela como la herramienta necesaria para garantizar tanto una ciudadanía planetaria como la supervivencia de la diversidad lingüística y el desarrollo de las culturas.

Por su parte, en la Comunicación de la Comisión de las Comunidades Europeas sobre una Agenda Europea para la Cultura en un Mundo en vías de Globalización, Punto 2, se dice:

La cultura [...] es la base de un mundo simbólico de significados, creencias, valores y tradiciones que se expresan a través de la lengua, el arte, la religión y los mitos. Como tal, desempeña un papel fundamental en el desarrollo humano y en el complejo tejido de las identidades y costumbres de los individuos y las comunidades.

Con estas referencias, queda clara una voluntad europea y universal de defensa y reivindicación de la diversidad y de las identidades, en las que algunos intelectuales también han parado mientes.

La socióloga y politóloga francesa Dominique Schapper, en su obra *La Comprensión sociologique*, dice literalmente:

Las sociedades modernas se fundan en la movilidad de los hombres, la pluralidad de sus fidelidades y de sus abandonos, la pluralidad de sus identidades.

Por su parte, el escritor y filósofo suizo, Denis de Rougemont, en su obra *Escritos sobre Europa*, dejó bien claro que:

La cultura es el conjunto de sueños y esfuerzos que tienden a la total realización del hombre. La cultura exige este pacto paradójico: hacer de la diversidad el principio de la unidad, celebrar las diferencias, no para dividir, sino para enriquecerla aún más.

Afortunadamente el concepto de globalización, que tanto impulso alcanzó en las postrimerías del siglo XX, escorándose finalmente, como todos saben, hacia connotaciones economicistas, ha sido superado en su perímetro cultural, imponiéndose hoy la vindicación de la diversidad y de las identidades frente a la homogeneización.

Les hablo desde un país en el cual el concepto identitario ha sufrido tinturas y sesgos ideológicos, así como instrumentalizaciones políticas que no han contribuido en modo alguno a consolidar un valor conceptual aséptico de la identidad, desarrollado exclusivamente al amparo de la ciencia. Antes bien, se nos ha intentado imponer una visión interesada de la identidad como moneda de cambio en la compraventa de ciertos nacionalismos. De este modo, se ha pervertido el rumbo de la identidad o de las identidades en el imaginario colectivo, con el fin de construir, incluso, nacionalidades ficticias, azuzando posicionamientos radicales y fundamentalistas, en los cuales, como es natural, pesa más el corazón (siempre maleable) que la razón. No olvidemos que la identidad está directamente conectada con la afectividad y los sentimientos compartidos del grupo. El cordón umbilical que une las identidades con las emociones resulta

demasiado fácil de amañar desde populismos insensatos, a mi modo de ver. Y lo peor de todo es que el alma máter, la universidad no es ajena a la manipulación del conocimiento en beneficio de objetivos espurios del poder.

Admiro el activismo ejemplar de ustedes, los antropólogos mexicanos, en la defensa de la vitalidad y diversidad identitaria de que gozan, cualitativa y cuantitativamente los Estados Unidos de México, como refleja este volumen que hoy presentamos y también sus otros dos hermanos precedentes.

Por ello, este libro despierta en mí una envidia, no sé si sana pero sí manifiesta y confesable, por poner sobre la mesa de disección una diversidad cultural vigente, de la que carecemos ya en España, diluida por muchos factores que han pesado en los últimos setenta años: desde el desarraigo derivado de la emigración a la consolidación de una alfabetización interesada o a una perversa democratización de la televisión, sobre todo en sus primeros tiempos.

Este tercer volumen, que recoge parte de los resultados del XII Coloquio Internacional sobre Otopames, desarrollado en el ya lejano 2010, representa, junto a los dos anteriores, una formidable aportación de prospección y análisis de las identidades de este pueblo, contribuyendo con investigaciones fundamentales al mejor conocimiento del territorio, la cultura popular y la identidad y su no siempre fácil relación con el estado nacional en la actualidad.

Creo firmemente que el mejor antídoto contra la globalización, que es un veneno letal para la diversidad, es el estudio riguroso y la divulgación honesta de las identidades, como tabla de salvación.

Este volumen, como se señala en las palabras liminares a la presentación de la excelente coordinadora, la doctora Cerón Velásquez recoge *“investigaciones fundamentales que versan sobre territorio, cultura popular e identidad, y su relación con el estado nacional en la contemporaneidad otopame”*. Y en palabras de la propia doctora, *“se nos muestra en él un panorama significativo de la diversidad identitaria y cultural contemporánea otopame”*.

A mi modo de ver, el volumen aglutina un repertorio de asuntos del máximo interés para el conocimiento de la diversidad y las identidades otopames en particular, tratados desde la excelencia científica y que serán de utilidad para quienes nos interesamos y abogamos por la diversidad cultural y las identidades en general.

No haré una malversación de mi tiempo y mucho menos del suyo, practicando una mala sinopsis de la inmejorable síntesis de los contenidos del libro, que la coordinadora ofrece en tu texto “a modo de prólogo”.

Pero sí me permitiré resaltar, con su permiso y a modo de botón de muestra, algunas de las muchas aportaciones que asoman a este volumen, aplicadas a diferentes comunidades otopames, pero extrapolables en sus conclusiones.

Como esa mirada con perspectiva diacrónica, que el estudio de Jacques Galinier proyecta sobre conceptos esenciales como el territorio y la autoctonía entre los otomíes.

O el abordaje que realiza Verónica Kugel sobre el asunto de la diversidad religiosa, que nos revela hasta qué punto la identidad puede convertirse de manera efectiva en engrudo para la cohesión del grupo.

O la puesta en valor de las historias de vida como hilo conductor para la configuración descriptiva personalizada de las identidades, de la mano de Richard M. Ramsay.

O el descubrimiento que realiza para nosotros Cotonieto Santeliz de las nuevas actitudes en cuanto a la revalorización del patrimonio inmaterial y también de sus manifestaciones materiales.

O la aportación singular de Lorenzo Monterrubio, abordando el asunto de los oratorios domésticos, tan significativos de las devociones populares.

O la identidad proyectada en la vida cotidiana, a través de las costumbres, las liturgias, el pensamiento y la memoria oral, que nos ofrece la profesora Figueroa Sosa.

O la capacidad de reorientar los recursos del territorio para garantizar la supervivencia del grupo, tal y como nos plantea en su texto la profesora Baltazar Rangel.

O la reivindicación de la identidad por medio de la política, como herramienta legítima de resistencia, violenta o pacífica, contra la dominación, que nos expone Ana Lilia Salazar Zarco.

O la necesidad, exigencia casi, de que la buena gobernanza de los pueblos se construya sobre la representatividad participada de todas las identidades, como plantea Eduardo Solorio.

O la perspectiva de género que propone la profesora Soto Alarcón para enfrentar nuevas expectativas para un cambio de rumbo total, gracias a la presencia activa e irrenunciable de la mujer en todos los órdenes de la sociedad, superando prejuicios sobre reivindicaciones crematísticas.

O el tema, especialmente familiar para mí, de las conexiones entre la terapéutica de las aguas termales y la cultura y las tradiciones del territorio, conexiones que si se saben fortalecer, redundarán en un evidente beneficio de la población por la vía de lo que en España conocemos como turismo termal, muy en boga actualmente y que la profesora Trejo Días y sus colegas docentes nos brindan.

O el asunto, tan a flor de piel aún, traído a este volumen por Patricia Fournier y Lourdes Mondragón, de las epidemias, casi siempre de origen incierto y que acaban por estigmatizar a alguna comunidad. Aquí se trata, entre otras, de la llamada Gripe Española de 1918, cuyo mito se construyó sobre falsedades, ya que si se la bautizó así fue porque en España, país neutral en plena Primera Guerra Mundial, no se censuraron los informes sobre la enfermedad, frente a otros países (con un mayor protagonismo en esta pandemia), donde sí se hizo.

Algo similar había ocurrido ya con la Inquisición y la Caza de Brujas en

Europa, en torno a las que, históricamente y de manera injusta, se fijó el punto de mira en este mismo país. España no fue, ni con mucho, donde más se cebó el Santo Oficio y, por supuesto, la caza de brujas no alcanzó aquí sus trofeos más cuantiosos.

Pero la historia (o, al menos, una parte de la historia) es así: construye falsos mitos (a veces a la medida de intereses bastardos) para que vengan detrás otros arreando para desmontarlos (si me permiten la licencia expresiva). La historia oral podría autorizar estas imprecisiones que, en cambio, la historia como ciencia del rigor documental no puede ni debe permitirse.

O, siguiendo con otros contenidos del libro, la propiedad de la tierra, sustentada sobre la elaboración y el uso fraudulento de documentos falsos, a partir de originales de la época colonial, que permite interesantes conclusiones formales y conceptuales, tal y como presenta Claudio Barrera.

O, finalmente, el problema de una imposible regresión respecto de la alfabetización como apisonadora de las lenguas autóctonas y vehiculares del patrimonio cultural oral, que nos pone en bandeja el profesor Celote Preciado y que evoca algo que ocurrió en España a partir de la Segunda República y de manera principal durante el franquismo, donde la alfabetización supuso la imposición de una lengua para suplantarse las lenguas propias del territorio, demonizándolas, incluso, ideológicamente.

En fin, apreciados colegas, solo me queda, para terminar, congratularme con

los resultados fructuosos de este volumen y felicitar a todos los implicados, autores, coordinadora y la propia facultad de Antropología de esta “Lis de Veracruz: Arte, Ciencia y luz”, lema inconfundible de la Universidad Veracruzana.

Gracias por permitirme asomarme a Veracruz a través de esta ventana y este acto, en la víspera del Día de Muertos, tan cargado de simbolismos para mí.

Muchas gracias a todos.